

## Ala, correte un poquito

ALBERTO FARIAS MENDOZA

### Chapinero (V)

Como veníamos diciendo, la historia del tranvía, de los dos tranvías, el de mulas y el eléctrico, comprendía la historia de Bogotá y Chapinero de principio de este siglo. El de mulas funcionó desde el 25 de diciembre de 1884 hasta el 20 de julio de 1910, y el eléctrico, desde esta fecha, hasta el 19 de abril de 1948, fecha baldón en la historia de la ciudad: el Bogotazo.

El eléctrico, nombre genérico con que se le conocía, llegaba hasta varios extremos de la ciudad; cada ruta se identificaba por una franja de color en el frente del vehículo: blanca indicaba San Cristóbal, azul era Paiba y amarilla, la más importante, era Chapinero. Era la Bogotá chusca, la del Loco del Tranvía, un pobre demente vestido con uniforme viejo y raído de policía, que corría el día entero, incansable, detrás de un tranvía. O la del cachaco, de mucho cocó y paraguas, que mecía elegantemente a todos los costados; con frecuencia llevaba gabardina y guantes y en la noche bufanda, "para la salida del cine, mi chino, para no serenarme".

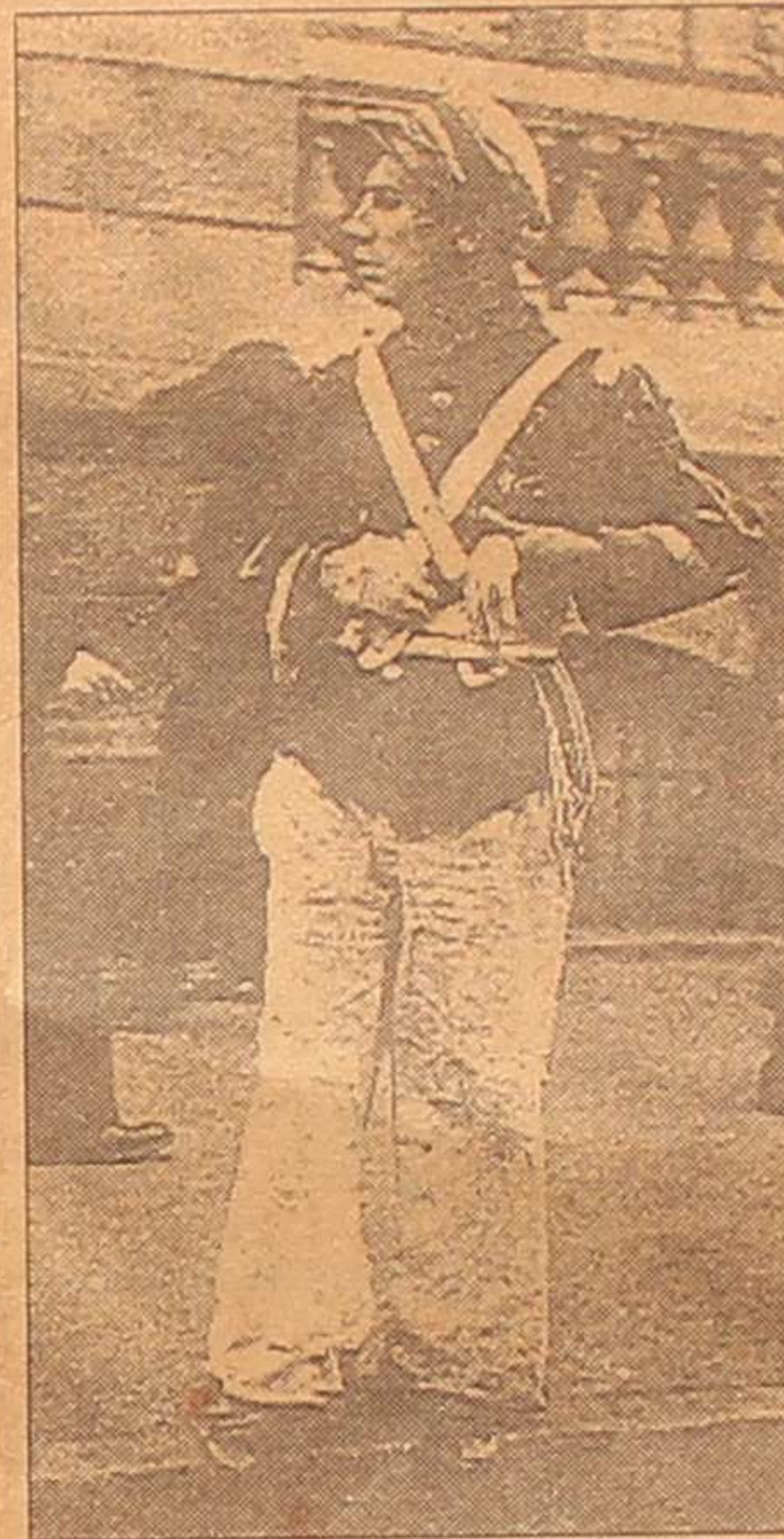
Disfrutamos de varios tipos de tranvías: el primero fue el abierto, uno pequeño, con estribos de ambos lados, que se bamboleaba a lo que daba el tejo; posteriormente, otro abierto, más grande y más estable, y con gran cabida que, no obstante, viajaba lleno de gentes colgadas de los manubrios de los

estribos, como racimos, haciendo milagros de equilibrio. Y los vendedores de loterías y de la prensa, con cincuenta o cien periódicos debajo del brazo, quienes los vendían y daban vueltas cuando se les pagaba con billete de a peso, porque valían sólo 0.05, y se subían y bajaban con el vehículo a toda marcha. Más tarde, siendo gerente don Nemesio Camacho, se importaron unos carros cerrados, con bancas de dos puestos a cada lado y al que los bogotanos bautizaron como **las nemesias**. Y los últimos, llegados cuando era presidente el doctor Eduardo Santos, que se conocían como **las Lorencitas**, porque la señora del presidente, bella y elegante, tenía el pelo plateado y los tranvías eran plateados del centro para arriba.

Era un servicio práctico, eficiente, que funcionaba las 24 horas del día, en el cual se estaba sometido a lo que se llamaba el roce social. Siempre lleno, se viajaba apretujado, recibiendo y dando empujones, "pero todo dentro de la mayor cordialidad, ala", como decían los cachacos.

### Loro en el cerezo

En la mayoría de los hogares se vivía con comodidad y holgura; tres o más sirvientas, la cocinera y la de adentro, más la del aseo y la china de los mandados; jardinero y muchacho, para traer los jueves el costal y los canastos del mercado. Era el Chapinero de **las Marías**, más tarde de **las Margaritas**, la tienda de las empanadas de don Julio Ríos y de su esposa doña Elisa. Y ahí, en la esquina, estaba Petronita Gómez, en su caso-



■ El bobo del tranvía, un personaje que vive en la memoria de Santafé de Bogotá.

na de gran portón verde, patio a la entrada con sendero empedrado y loro en el cerezo y en el comedor, la simpática señora con sus muchachas, haciendo deliciosos dulces de chocolate o leche, las cocadas y las insuperables obleas rellenas de *ariquipa*.

La estación del tranvía en Chapinero era en la 67 con trece, frente a la casa de los Garcés, en donde los amigos de Enrique (q.e.p.d.) jugábamos gambetas y a los ladrones y policías; casa que luego fue del presidente Santos, en donde vivió

hasta su muerte. Tiempo después se prolongó la línea hasta la avenida de Chile, para lo cual en la 67 se transbordaba a un pequeño carro que se llamaba "la Cucaracha"; esta Gran Avenida, como se conocía anteriormente, que más que avenida era una franja de tierra ancha, como la que hoy existe, pero llena de pasto, vacas, perros y potreros de lado y lado.

Los cachacos se reconocían por su gran cultura. Le cedían su puesto a las señoras, que jamás viajaban de pies. De ahí el cuento: subió una señora joven y bonita a un tranvía atestado de gente y en voz baja comentó que estaba muy cansada porque estaba "esperando"; fue entonces cuando el cachaco de turno quitándose el sombrero y haciéndole una venia, le cedió el puesto. Pero al verla tan fresca y esbelta le preguntó: ¿mi señor cuánto tiempo hace que está esperando? Para recibir esta memorable respuesta: hace con media hora. ¡Como verán, los "fosfas" de la época, eran, menos, tan vivas como los "glaxos"!.